

**TIEMPO PASCUAL****5º DOMINGO de PASCUA****29 de abril****INVOCAMOS LA LUZ Y LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO:****PARTIR DEL TEXTO DE LA VIDA**

El domingo pasado con el Evangelio de Jesús Buen Pastor, reconocíamos lo que Jesús hace por sus ovejas: las conoce, las ama y las reúne. ¿Cómo respondemos?

**LECTURA:****Juan 15,1-8***¡Habla, Señor, que tu pueblo escucha!***REALIZAMOS EL ECO:****REFLEXIONAMOS**

Según el relato de Juan, en vísperas de su muerte, Jesús revela a sus discípulos su deseo más profundo: permanezcan en mí. Conoce su cobardía y mediocridad. En muchas ocasiones les ha recriminado su poca fe. Si no se mantienen vitalmente unidos a él no podrán subsistir.

Las palabras de Jesús no pueden más claras y expresivas: como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco Uds. si no permanecen en mí. Si no se mantienen firmes en lo que han aprendido y vivido junto a él, su vida será estéril. Si no viven de su Espíritu, lo iniciado por él se extinguirá

Jesús emplea un lenguaje rotundo. Yo soy la vid y Uds. los sarmientos. En los discípulos ha de correr la savia que proviene de Jesús. No lo han de olvidar nunca. El que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante, porque sin mí no pueden hacer nada. Separados de Jesús sus discípulos no podemos nada.

Jesús no solo les pide que permanezcan en él. Les dice también que sus palabras permanezcan en ellos. Que no las olviden. Que vivan de su evangelio. Esa es la fuente de la que han de beber. Ya se lo había dicho en otra ocasión: las palabras que les he dicho son espíritu y vida

El Espíritu del Resucitado permanece hoy vivo y operante en su Iglesia de múltiples formas, pero su presencia invisible y callada adquiere rasgos visibles y voz concreta gracias al recuerdo guardado en los relatos evangélicos por quienes lo conocieron de cerca y le siguieron. En los evangelios nos ponemos en contacto con su mensaje, su estilo de vida y su proyecto del reino de Dios. Por eso, en los evangelios encierran la fuerza más poderosa que poseen las comunidades cristianas para regenerar su vida. La energía que necesitamos para recuperar nuestra identidad de seguirlo a Jesús. El evangelio de Jesús es el instrumento pastoral más importante para renovar hoy a la iglesia.

Muchos cristianos buenos de nuestras comunidades solo conocen los evangelios de segunda mano. Todo lo que saben de Jesús y de su mensaje proviene de lo que han podido reconstruir a partir de las palabras de los predicadores y catequistas. Viven su fe sin tener un contacto personal con las palabras de Jesús.

Es difícil imaginar una nueva evangelización sin facilitar a las personas un contacto más directo e inmediato con los evangelios. Nada tiene más fuerza evangelizadora que la experiencia de escuchar juntos el evangelio de Jesús desde las preguntas, los problemas, sufrimientos y esperanzas de nuestros tiempos

La imagen es sencilla y de gran fuerza expresiva. Jesús es la vida verdadera, llena de vida; los discípulos son sarmientos que viven de la savia que les llega de Jesús; el Padre es el viñador que cuida personalmente la viña para que dé fruto abundante. Lo único importante es que se vaya haciendo realidad su proyecto de un mundo más humano y feliz para todos.

La imagen pone de relieve dónde está el problema. Hay sarmientos secos por los que no circula la savia de Jesús. Discípulos que no dan fruto porque no corre por sus venas el Espíritu del Resucitado. Comunidades cristianas que languidecen desconectadas de su persona.

Por eso se hace una afirmación cargada de intensidad: El sarmiento no puede dar fruto sino permanece en la vida: la vida de los discípulos es estéril sino permanecen en Jesús. Sus palabras son categóricas: sin mí no pueden hacer nada ¿No se nos está desvelando aquí la verdadera raíz de la crisis de nuestro cristianismo, el factor interno que resquebraja sus cimientos como ningún otro?

La forma en que viven su religión muchos cristianos, sin una unión vital con Jesucristo, no subsistirá por mucho tiempo: quedará reducida a folclore anacrónico que no aportará a nadie la Buena Noticia del Evangelio. La Iglesia no podrá llevar a cabo su misión en el mundo contemporáneo si lo que nos decimos cristianos no nos convertimos en discípulos de Jesús, animados por su espíritu y su pasión por un mundo más humano.

Ser cristiano exige hoy una experiencia vital de Jesucristo, un conocimiento interior de su persona y una pasión por su proyecto que no se requerían para ser practicamente dentro de una sociedad de cristiandad. Si aprendemos a vivir de un contacto más inmediato y apasionado con Jesús la decadencia de nuestro cristianismo se puede convertir en enfermedad mortal.

Los cristianos vivimos hoy preocupados y distraídos por muchas cuestiones. No puede ser de otra manera. Pero no hemos de olvidar lo esencial, todos somos sarmientos. Solo Jesús es la verdadera vida. Lo decisivo en estos momentos es permanecer en él; aplicar toda nuestra atención al evangelio, alienta en nuestros grupos, redes, comunidades y parroquias el contacto vivo con él, no apartarnos de su proyecto.

La imagen es de una fuerza extraordinaria, Jesús es la vida, los que creemos en él somos los sarmientos. Toda la vida de los cristianos nace de él. Si la savia de Jesús resucitado corre por nuestra vida nos aporta alegría, luz, creatividad, coraje para vivir como vivía él. Si por el contrario, no fluye de nosotros, somos sarmientos secos.

Este es el verdadero problema de una Iglesia que celebra a Jesús resucitado como vida llena de vida, pero que está formada, en buena parte, por sarmientos muertos ¿para qué seguir distrayéndonos en tantas cosas si la vida de Jesús no corre por nuestras comunidades y nuestros corazones?

Nuestra primera tarea hoy y siempre es permanecer en la vida, no vivir desconectados de Jesús, no quedarnos sin savia, no secarnos más ¿Cómo se hace esto? El evangelio lo dice con claridad: hemos de esforzarnos para que sus palabras permanezcan en nosotros.

La vida cristiana no brota espontáneamente entre nosotros. El evangelio no se siempre se puede deducir racionalmente. Es necesario meditar largas horas las palabras de Jesús. Solo la familiaridad y afinidad con los evangelios nos hace ir aprendiendo poco a poco vivir como él.

Este acercamiento frecuente a las páginas del evangelio nos va poniendo en sintonía con Jesús, nos contagia su amor al mundo, nos va apasionando con su proyecto, va infundiendo en nosotros su Espíritu. Casi sin darnos cuenta nos vamos haciendo cristianos.

Esta meditación personal de las palabras de Jesús nos cambia más que todas las explicaciones, discursos y exhortaciones que nos llegan del exterior. Las personas cambiamos desde dentro. Tal vez este sea uno de los problemas más graves de nuestra religión: no cambiamos, porque solo lo que pasa por nuestro corazón cambia nuestra vida, y con frecuencia, por nuestro corazón no pasa la savia de Jesús.

La vida de la Iglesia se transformaría si los creyentes, los matrimonios cristianos, los presbíteros, las religiosas, los obispos, los educadores, tuviéramos como libro de cabecera los evangelios de Jesús.

La fe no es una emoción del corazón. Sin duda, el creyente siente su fe, la experimenta y la disfruta, pero sería un error reducirla a sentimentalismo. La fe no es algo que depende de los sentimientos. Ya no siento nada... debo de estar perdiendo la fe!!!. Ser creyente es una actitud responsable y razonada.

La fe no es tampoco una opinión personal. El creyente vive creyendo personalmente en Dios, pero la fe no puede ser reducida a subjetivismo. Yo tengo mis ideas y creo lo que a mí me parece. La realidad de Dios no depende de mí ni el cristianismo es fabricación de cada uno.

La fe no es tampoco una tradición recibida de los padres. Es bueno nacer en una familia creyente y recibir desde niño una orientación cristiana, pero sería muy pobre reducir la fe o costumbre religiosa: en mi familia siempre hemos sido muy de Iglesia, la fe es una decisión personal de cada uno.

La fe no es tampoco una receta moral. Creer en Dios tiene sus exigencias, pero sería un error reducirlo a moralismo. Yo respeto a todos y no hago mal a nadie. La fe es, además, amor a Dios, compromiso por un mundo más humano, esperanza de vida eterna, acción de gracias, celebración.

La fe no es tampoco un tranquilizante. Creer en Dios es, sin duda, fuente de paz, consuelo y serenidad, pero la fe no es solo un agarradero para los momentos críticos: yo cuando me encuentro en apuros, acudo a la Virgen. Creer es el mejor estímulo para luchar, trabajar e ir de manera digna y responsable.

La fe comienza desfigurarse cuando olvidamos que antes que nada, es un encuentro personal con Cristo. El cristiano es una persona que se encuentra con Cristo y en él va descubriendo a un Dios Amor que cada día le convence y atrae más. Lo dice muy bien Juan: nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es Amor.

Esta fe solo da frutos cuando vivimos día a día unidos a Cristo, es decir, motivados y sostenidos por su Espíritu y su Palabra. El que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante, porque sin mí no pueden hacer nada.

La imagen es realmente expresiva. Todo sarmiento que está vivo tiene que producir fruto. Y si no lo hace es porque no circula por él la savia de la vida. Así es también nuestra fe. Vive, crece y da frutos cuando vivimos abiertos a la comunicación con Cristo, Si esta relación vital se interrumpe, hemos cortado la fuente de nuestra fe.

Entonces la fe se seca Ya no es capaz de animar nuestra vida. Se convierte en confesión verbal vacía de contenido y experiencia viva. Triste caricatura de lo que los primeros creyentes vivieron al encontrarse con el Resucitado. Digámoslo sinceramente. Esa ausencia de dinamismo cristiano, esa incapacidad para seguir creciendo en amor y fraternidad con todos, esa inhibición y

pasividad para luchar arriesgadamente por la justicia, esa falta de creatividad evangélica para descubrir las nuevas exigencias del Espíritu, ¿no están delatando una falta de comunicación viva con Cristo resucitado?

Por paradójico que pueda parecer, el vacío interior puede apoderarse de más de un cristiano. Atrapado en una red de relaciones, actividades, ocupaciones y problemas, puede sentirse más los que nunca en su interior, incapaz de comunicarse vitalmente con ese Cristo en quien dice creer.

Quizá la derrota más grave del hombre occidental sea su incapacidad de vida interior. Las personas parecen vivir siempre huyendo. Siempre de espaldas a sí mismas. Se diría que el alma de muchos es un desierto.

La falta de contacto interior con Cristo como fuente de vida conduce poco a poco a un ateísmo práctico. De poco sirve seguir confesando fórmulas si uno no conoce la comun vida como, gozosa, revitalizadora con el Resucitado.

#### **ORACIÓN COMUNITARIA:**

**ACTUAMOS:**    **PROPÓSITO DE ESTE ENCUENTRO:** personal y comunitario